

PERIODISMO SIGLO XXI: UNA CRISIS DE VOCACIÓN

César Alzate Vargas



PERIODISMO SIGLO XXI: UNA CRISIS DE VOCACIÓN

César Alzate Vargas

Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia

 <https://orcid.org/0000-0001-7556-0553>

INTRODUCCIÓN

Durante muchos años, los recién graduados sentían un don particular para escoger el periodismo como profesión. Hoy en día, la falta de vocación de los estudiantes hacia esta disciplina ha generado una crisis en la nueva ola de periodistas, convirtiéndose esta situación en uno de los más grandes desafíos del periodismo en el siglo XXI, y en una evidente preocupación para el ejercicio del periodismo en general.

El autor se hace una serie de interrogantes que permiten evidenciar la crisis de vocación en la nueva era de periodistas y se lamenta de que en esta época, los periodistas tienen todas las herramientas y posibilidades para hacer un maravilloso periodismo, pero, paradójicamente, ahora es más difícil que nunca atreverse a la búsqueda de la verdad y publicar contenidos que le faciliten al ciudadano la toma de decisiones.

La era digital, la crisis en los salarios de los periodistas y los mismos peligros que implica la profesión, han generado una barrera en las nuevas generaciones de comunicadores, que no ven en este ejerci-

Cita este capítulo

Alzate Vargas, C. (2018). Periodismo siglo XXI: una crisis de vocación. En: Behar Leiser, O. (comp.). *Periodismo universitario en el siglo XXI*. (pp. 55-65). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali. DOI: <https://doi.org/10.35985/9789585522060.3>

cio una opción laboral rentable o siquiera llamativa. Persisten aun quienes ven en el periodismo una vocación, un llamado, y son esos pocos los que aún mantienen la rueda girando. Sin embargo, no se vislumbran salidas aún para la pauperización en los niveles salariales de los periodistas. El autor presenta algunas opciones y salidas para esta crisis de vocación y analiza el panorama en que se desenvuelven estas nuevas generaciones de periodistas.

1. En 1987, cuando salí del colegio, sobre todas las cosas del mundo sabía que mi deseo era estudiar periodismo. Había descubierto mi vocación un par de lustros antes, cuando leí *Cien años de soledad* y escarbando en la biografía de su autor descubrí que era periodista. Desde entonces empecé a detectar una cierta tendencia a que mis novelistas admirados se dedicaran también a este oficio, de tal manera que me enamoré del periodismo a partir de su ángulo más voluptuoso pero quizá menos útil: el de la narración de historias, aquel en que se acerca más a la literatura. Desde luego, también habría que admitir que hubo otro héroe que me indujo tal enamoramiento, pero esta es más bien una confesión vergonzante, porque dicho héroe fue Supermán, ese paradigma de lo que no me gusta en el periodismo. Cuando usaba gafas y tenía el cabello del todo negro y un cierto encanto, había quienes me llamaban Clark, como el álter ego torpe del seudohéroe *kriptoniano*, y esto me gustaba por aquello de los clichés que a uno no le importa tanto encarnar en la adolescencia y la primera juventud. Sin embargo, ni Clark Kent ni su personalidad oculta lograron nunca demostrar que tuvieran realmente algo que hacer en este oficio: tendían a la dispersión y a la escasez de talento y, sobre todo, defendían concepciones del bien con las que tuve serias desavenencias mientras corría la vida.

Poco a poco descubrí otra variante del oficio que me entusiasmó: la del servicio, la del apoyo a la libertad, la de la búsqueda de la verdad. Esa que los estadounidenses Tom Rosenstiel y Bill Kovach (2004) resumen en esta sentencia: el principal propósito del periodismo consiste en proporcionar al ciudadano la información que necesita para

ser libre y capaz de gobernarse a sí mismo. Se trata de un compromiso que a cada segundo cumplen miles y miles de periodistas en medios de todos los tamaños y alcances en el mundo entero: el de informar siguiendo estas premisas, con una suerte de heroísmo que poco tiene que ver con las películas y la gran literatura, y mucho, en cambio, con lo que más importa: con la gente. El periodismo es uno de los fundamentos de la democracia.

En estas cosas pienso ahora, a treinta años de una reflexión que empezó en los libros y en las salas de cine, continuó en las aulas, las salas de redacción, las calles, y se mantiene en la academia. Me doy cuenta de que la fascinación por el periodismo se fundamenta en un elemento clave: la vocación.

Vamos a la fuente de las definiciones, el diccionario de la Real Academia (deberíamos acostumbrar, más bien, decir que el de las Academias: las de España, América y un par de países africanos y asiáticos donde el idioma se habla, se vive y se define). Bien, señalemos que el DRAE 2017 documenta cuatro acepciones de la palabra vocación, indicando de entrada que esta proviene del latín *vocatio*, *-onis*, que significa ‘acción de llamar’. Muy católica como es, la Academia dedica la primera acepción a señalar a Dios en el origen de ese llamado: “Inspiración con que Dios llama a algún estado” y matiza el asunto indicando que el principal ‘estado’ al que llama Dios es el de religión. Desde luego, tengo un par de reproches que hacerle a esta definición, pero de ella me gusta el componente de inspiración. Enseguida, el Diccionario define a la vocación como ‘advocación, y tres de las cuatro acepciones que del término ‘advocación’ recoge se relacionan con lo divino.

Siguiendo con “vocación”, el tercer significado que le reconoce la RAE nos acerca más a lo que nos interesa: “Inclinación a un estado, una profesión o una carrera”. Finalmente, nos informa que el cuarto significado está en desuso y lo señala como convocación y llamamiento. Aclarar los significados es importante porque, insisto, la vocación es fundamental para el éxito de las empresas en que nos embarcamos. La actriz y directora del Festival Internacional de Teatro de Bogotá,

Fanny Mikey, decía que la clave de la felicidad estaba en dedicarnos a aquello que nos gusta, a aquello para lo que somos llamados. En este punto es necesario señalar, desde luego, que unido al problema de la vocación se halla uno tan importante como ella, el talento. Trágicamente, como profesional y como profesor, son muchas las vocaciones que he visto naufragar porque no están acompañadas por el talento. Pero busquemos más allá del diccionario y hurguemos en lo que piensan los profesionales del oficio. Me llama la atención este pensamiento de María Elena Gronemeyer, profesora de la Pontificia Universidad Católica de Chile:

Entendido el periodismo como una vocación, como un llamado y compromiso de resguardar y potenciar especialmente unos determinados valores en la comunidad humana, como son la verdad, la libertad y la justicia, su correcto ejercicio constituye una participación activa en el plan de salvación y tiene por ende un sustento teológico claro. La actividad periodística, como una propuesta humanista y cristiana, se centra en el hombre y en la comunidad y busca contribuir a dignificar a ambos. Esta vocación de servicio a la persona y de servicio público se orienta en principios éticos de la profesión que tienen sus raíces en nuestra cultura occidental y cristiana, razón por la cual el aporte de la teología a un correcto ejercicio del periodismo puede ser fundamental (2003).

Es necesario diferir de la profesora Gronemeyer en todo lo que de cristiana y religiosa tiene su idea del periodismo, pero en cambio estoy de acuerdo con ella cuando entiende al oficio como una vocación y lo reconoce como una actividad relacionada con la verdad y puesta al servicio del individuo y de la comunidad. En estos elementos, básicamente, descansa cualquier definición del periodismo.

2. Siendo profesor de la Universidad de Antioquia, tengo elementos para tocar ahora un asunto espinoso de nuestra carrera. Vuelvo a la historia.

Cuando estaba terminando el bachillerato y tenía claro a qué deseaba dedicarme en la vida, descubrí con desánimo que en las universidades el periodismo era apenas el segundo componente de una carrera

que se denominaba Comunicación Social. Entonces lo intuía, y la vida me lo ha ratificado de mil maneras: el periodismo y la comunicación (social, corporativa, para el desarrollo... como quieran denominarla en cada institución) son dos opuestos epistemológicos y ontológicos. Su unión, como tantas anomalías académicas, se debe a los estadounidenses, que a mediados del siglo XX nos impusieron las escuelas de ciencias de la comunicación, uniendo en ellas dos prácticas opuestas en el manejo de un mismo objeto: la información. El pragmatismo por encima del rigor acabó imponiéndose, para daño del hacer periodístico y para satisfacción de la urgencia laboral de tantos graduados. Dicho de otro modo, tengo que reconocer que yo mismo, que empecé mirando con desdén el componente de comunicación social de mi profesión, muchas veces he solucionado mis problemas de supervivencia empleándome en él. En los días que corren, habiendo transcurrido casi dos décadas desde cuando en la Universidad de Antioquia tomamos la decisión de separar lo que académicamente estaba mal unido, y el que era un pregrado se escindió en tres, debo admitir que el mercado laboral nos obliga a la reflexión sobre la posibilidad de acercar de nuevo las dos disciplinas opuestas, porque nuestros egresados de periodismo suelen encontrar nicho en el ramo de las comunicaciones. Qué le vamos a hacer; es la vida. Ahora estamos en un proceso de reformulación del currículo que nos permite pensar, por ejemplo, en mecanismos como la doble titulación dentro de la misma Facultad.⁶

Para ilustrar mejor mi reticencia a la unión entre periodismo y comunicaciones, doy el salto hasta una de las generaciones posteriores a la mía. Ilustro el asunto con las palabras de las estudiantes Lizeth Zúñiga Batista y Yarley Cuesta Moreno en un artículo publicado en la quinta edición para Urabá de nuestro periódico *De la Urbe*. Indican las estudiantes: “Una de las causas más conocidas de esta situación es la ‘puerta giratoria’ que hay entre el periodismo y las comunicaciones, especialmente en las regiones. En un periodo muy corto, una persona que ejercía el periodismo puede resultar en los equipos de

⁶ Es importante aclarar que, en todo caso, no hemos incurrido en un irreconciliable divorcio epistemológico y que desde hace una década revivimos para las sedes regionales de la Universidad el pregrado de Comunicación Social Periodismo.

comunicaciones de las administraciones municipales o de grandes empresas. Luego, regresar al periodismo y más tarde, de nuevo, a las comunicaciones. Así se crean relaciones que pueden ir en contra de la independencia”.

3. Llegó entonces la era digital y lo trastornó todo en el mundo. Asistimos a la más grande revolución que la humanidad ha vivido desde los días en que Gutenberg experimentaba con los tipos móviles. Como entonces, la posibilidad de que la información llegue a todos y en todas partes (o por lo menos a muchos y en muchas partes) implica un radical cambio de paradigmas que, insisto, lo trastorna todo. Asistimos a un impensable giro en el destino del mundo que no sabemos a dónde nos llevará. Todos estamos en crisis. En todas las profesiones y oficios, en las formas de relacionarnos entre nosotros y con el planeta; el mundo entero está dejando de ser lo que nunca supimos qué era, pero nos habíamos acomodado a ello, para convertirse en una cosa etérea, inasible, incontrolable. A la imprenta de Gutenberg le tomó quinientos años llevarnos a la Luna. Sospecho que a la Internet y sus derivados les tomará mucho menos diluirnos y regresarnos a las estrellas.

Por lo pronto, oficios como el nuestro viven el final de su era dorada y, paradójicamente, cuando tienen más instrumentos tecnológicos para cumplir mejor su misión, enfrentan la mayor dificultad de su historia para lograrlo. Lo tenemos todo para hacer un maravilloso periodismo, pero ahora es más difícil que nunca embarcarnos en la búsqueda de la verdad y, como proponían Rosenstiel y Kovach, entregar al ciudadano la información que necesita para ser libre y capaz de gobernarse a sí mismo.

El profesor Josep Carles Rius, de la Universidad de Barcelona, nos explica:

El paradigma ha cambiado. Una parte importante de la sociedad ya no pone su visión del mundo en manos de un periódico, sino que configura su propia percepción de la realidad a partir de múltiples fuentes. Somos nosotros quienes elegimos qué debemos saber y cuándo; la jerarquía de los hechos y, especialmente, su trascen-

dencia y relevancia para nuestra vida. Y somos nosotros quienes decimos qué opinamos a partir de todas las informaciones que nos llegan, algunas aún provenientes de los medios tradicionales, los periódicos entre ellos, pero muchas de nuestro “círculo de confianza” en la red. Un círculo en el que tienen un papel predominante familiares, amigos y expertos a los que nosotros concedemos credibilidad. Son nuestros prescriptores, y el sueño de todo periodista, y de todo medio de comunicación, es llegar a formar parte de este “círculo de confianza” de los ciudadanos (2016).

Dos son las principales situaciones desencadenadas por la revolución digital en desmedro del oficio. La primera de ellas, es el hecho de que cualquier sujeto esté en posibilidad de procesar y emitir información. No quiero con esto decir que no sea positivo el que cualquiera pueda ser emisor de información, pues en la libre circulación de la misma se fundamenta la salud de la democracia. Sin embargo, el fenómeno de las redes sociales es ilustración más que evidente de cuánto de falaz puede haber en la excesiva circulación de información no procesada con rigor. La segunda situación a que aludo es la pauperización laboral de los periodistas.

La primera de esas situaciones se afronta, precisamente, con la esencia del periodismo. Y quiero decir, precisamente porque en la era de las redes sociales cualquiera emite información, es más necesario que nunca el papel de quienes lo hacen profesionalmente. Esto es, de quienes están en disposición y capacidad de consultar múltiples fuentes, contrastarlas y, a través de la duda y la investigación, acercarse a la verdad. En realidad, hoy más que nunca el mundo necesita de los (buenos) periodistas: en ellos brillan los últimos fulgores de la claridad en una época de confusión sin fin. Más que nunca, entonces, el trabajo periodístico es un asunto de vocación. La de aquellos que están dispuestos a hacer de su oficio un auténtico apostolado.

Para la pauperización laboral no se ha encontrado aún un remedio. Se habla de creatividad –lo que no hace otra cosa que ponerle otro nombre al problema y evadir la solución– y hasta de quitarles el periodismo a los medios tradicionales. Es aquí donde reside la más grave preocupación del periodismo actual y donde el asunto de la

vocación se convierte en un verdadero desafío. No sé qué va a pasar ni qué caminos proponer a los estudiantes en esta aparente sin salida del oficio, pero tengo claro que el periodismo sigue tan vigente como cuando leí aquella novela, en tiempos remotos de la humanidad y de mí mismo, y que más allá de las enormes dificultades que representa lo económico –se solucionarán de alguna manera– se alza el que siempre ha sido nuestro más grande logro: el posibilitar y sostener el diálogo entre los hombres y las culturas, entre las épocas y los seres humanos. Siempre habrá quien desee ser ese mediador.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gronemeyer, María Elena (2003). El periodismo como vocación y opción creyente. En: *Teología y vida*, v. 44, n. 1. Santiago, Universidad Católica de Chile. En línea: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0049-34492003000100003.
- Kovach, Bill y Tom Rosenstiel (2004). *Los elementos del periodismo*. Bogotá, Ediciones El País.
- Rius, Josep Carles (2016). *Periodismo en reconstrucción*. Barcelona: Universitat de Barcelona, p. 107.
- Zúñiga Batista, Lizeth y Yarley Cuesta Moreno (junio 2017). Así es hacer periodismo en Urabá. En: *De la Urbe Regiones* N° 5. Apartadó: Universidad de Antioquia, p. 9.